

hondamente, dado el número de obligaciones que pesan sobre él, y prevé la necesidad de darse un período de descanso que ha de causarle hondo perjuicio. Apela, entonces, a la ducha-masaje y en poco tiempo recobra sus atenuadas energías.

Y son bastantes los casos de este orden tratados en el establecimiento terapéutico a que me refiero. La ducha, el masaje, empleados aisladamente, han dado buenos resultados, pero son mucho más certeros y rápidos con la unión concertada de ambos medios.

En Vichy se resume la acción de este tratamiento en los términos siguientes: «La ducha-masaje está indicada en la obesidad, el reumatismo crónico y las consecuencias de reumatismos articulares, la gota (fuera de los accesos), la ciática, la hipertensión arterial no complicada con lesiones cardíacas, los desórdenes de la nutrición, la arterioesclerosis, la diabetes y las intoxicaciones. El masaje abdominal debajo del agua favorece particularmente el tratamiento local de las enfermedades del estómago, del hígado y de los intestinos».

Y una observación para terminar.

De algunos años a esta parte el sistema endocrino, tan absolutamente desconocido, ha empezado a descubrir sus secretos y rápidamente se pone a la cabeza de la biología como regulador del metabolismo y de la morfología, en términos que, de hoy más, no podrá prescindirse de él para explicarse en fisiología la marcha normal de los organismos y en patología los trastornos relacionados con su hiper o hipofunción y acaso también los que ocasione su desvío funcional o disfunción que, en tesis genérica, es un caso especial de su exaltación o depresión funcional.

Aunque en el metabolismo de las sustancias hidrocarbonadas el principal papel del sistema endocrino corresponde al páncreas y capsulas suprarrenales, en el concepto genérico de nutrición íntima parece que éste debe atribuirse al elemento tiroideo, cuyo papel Noorden ha hecho gráfico diciendo que el tiroides es el fuelle de las combustiones orgánicas: Sopla mucho, hay hipertiroidismo y la nutrición íntima se acelera a compás, acaeciendo que si no se le va a mano por falta de saber o de poder aparece todo el cúmulo de modalidades consultivas cuyo epílogo y resumen es la tuberculosis, enfermedad que acaba. Sopla de un modo deficiente, hay hipotiroidismo, sobreviniendo toda la lista de modalidades morbosas cuyo común denominador es la nutrición retardada.

No sería pertinente aquí extenderse en mayores desarrollos puesto que me llevaría lejos del punto de partida. Tan sólo lo he apuntado para hacer una observación de carácter general asaz olvidada muchas veces y que puede ser la contestación a una pregunta que luego se ocurre: ¿Qué tiene que ver la ducha-masaje con el funcionar de las glándulas endocrinas?

Siempre y cuando la ciencia—o mejor dicho el sujeto científico—se fija en un punto del funcionar biológico en tanto que hecho causal patológico, tiende a buscar la solución del problema terapéutico en el mismo punto que ha llamado su atención. Y no obstante su resolución es siempre compleja y puede partir de puntos lejanos, no siendo el criterio etiológico próximo el más infalible ni mucho menos.

En el concepto actual de la Ciencia continúa siendo verdadera la antigua alegoría representada por una serpiente mordiendo la cola y así toda modificación aportada en un punto al círculo vital influye sobre todos los órganos y funciones conforme a cantidad, calidad y tiempo. De lo cual se deduce por modo lógico que una medicación doble de tantos recursos y poderes debe repercutir forzosamente sobre el propio sistema endocrino.

Y esta observación (que reconozco que bien hubiera podido ser suprimida) no tiende a más que a llamar la atención sobre este razonar simplista que a menudo invade el campo terapéutico, que consiste en juzgar que el problema curativo estriba en una sencilla operación de suma o resta.

Por lo demás, el estudio del cómo se realiza esta influencia sería muy complejo y un tanto obscuro en el estado actual de la ciencia y a todas luces inconveniente en esta pequeña nota destinada tan sólo a llamar la atención sobre este recurso terapéutico, tan olvidado entre nosotros.

Sesión del 4 de julio de 1916

Comunicación del Doctor don José Blañic y Benet

Vivisecciones «in anima nobili»

Al meditar el médico acerca del respeto que se debe a la vida y al bienestar del prójimo, no puede menos de ocurrírsele que la conducta más opuesta a ese respeto es la experimentación en el hombre vivo y en primer término la vivisección.

Y ya en este orden de consideraciones, ocurrese indagar qué hay de verdad respecto a ciertos hechos de este género que se han ido atribuyendo, en el transcurso de los siglos, a médicos más o menos eminentes.

En los apuntes que guardo, producto de mis lecturas, encuentro notas de hechos como los aludidos, ora sean reales ora supuestos. No tendré seguramente noticia de todos, pero estoy seguro de que he registrado los principales.

Hame parecido de algún interés hacer de ellos un breve recuento; así, con vuestra venia y sin pretensiones de ser completo, pasaré a examinarlos tomándolos por orden cronológico.

Podemos prescindir de si, según se asegura en algún diccionario enciclopédico (1), los reyes de Persia entregaban a los médicos los condenados a la última pena, con el fin de que aquéllos aprendieran en éstos lo que convenia para la salud de los demás. Son tan remotos y tan oscuros los tiempos del antiguo imperio persa, tiene por otra parte tan poco de común con la nuestra la civilización oriental, que la mayoría de los historiadores de la Medicina consideran, con Daremberg a la cabeza, que no conviene buscar los orígenes de la Medicina científica en el Oriente sino en la Grecia (2). Podemos, pues prescindir de los médicos persas y entrar en el periodo de la civilización griega, incluyendo en él, por supuesto, la Escuela de Alejandría, donde todo era griego (3).

El hecho más remoto entre los que nos toca estudiar de que hace mención la historia es, si no me engaño, el de

Herófilo y Erasistrato.—Hase dicho de antiguo, y el público lo repitió estremecido, que estos célebres anatómicos, llevados del afán de conocer los arcanos de la vida y de la estructura humanas, habían osado penetrar con sus escalpelos en cuerpos de hombres vivos.

Tratándose de una época ya tan remota, como la de estos fundadores de la Escuela de Alejandría, anterior en unos tres siglos a Jesucristo, no pueden menos de hallarse grandes dificultades al intentar descubrir lo que haya de verdad en aquel dicho tradicional; podránse todo lo más aventurar algunas conjeturas guiándose por el raciocinio.

En primer lugar parece que debe darse por admitido, según aseguran varios testimonios de la época, que los Tolomeos, soberanos a la sazón de Egipto, dieron licencia a *Herófilo y Erasistrato* para diseccionar cadáveres humanos. Si intentamos formar concepto de la manera cómo el pueblo egipcio había de recibir este privilegio otorgado a los famosos sabios, hácese preciso fijarse antes un poco en el culto que la religión egipcia dedicaba a los difuntos.

A la hora de la muerte, según los egipcios, la vida se desdoblaba, y, si por un lado el alma volaba al otro mundo (4), quedaba en éste, morando en lo que nosotros llamamos el cadáver, otra suerte de principio vital no bien definido, que llamaban «el doble» (*Ka*), como si dijéramos «el otro», el cual infundía a los muertos una suerte de vida aun bajo la misma losa sepulcral.

Maspero, uno de los más notables egiptólogos modernos, recientemente fallecido, escribe a este propósito:

«Aquellos para quienes la parte duradera del hombre era «el doble» (el otro principio vital), se complacían en creer que los muertos continuaban la vida una vez enterrados; y quisieron proporcionarles aquello que formaba la alegría y la riqueza de los habitantes de nuestro mundo (5).»

De donde las ofrendas a los difuntos de víveres, enseres, joyas, etc.

En el *Libro de los muertos*, de que cada momia llevaba un ejemplar, el alma llamada el tribunal de Osiris presentaba entre otras las siguientes justificaciones: «Señor, decía, yo nunca quité las provisiones ni las vendas de los muertos!» y repetía tres veces: «¡Soy puro, soy puro, soy puro! (6).»

¿Qué prueba esto sino que el quitar las vendas con que solían embalsamarse los cadáveres se consideraba como una profanación, una impureza, un sacrilegio?

Estas nociones, que merced a una ciencia reciente, la egiptología, tenemos hoy de la religión de aquel pueblo, nociones de que carecían los historiadores de la Medicina que cuentan tan sólo algunos lustros de fecha, proyectan a nuestro entender luz vivísima que permite juzgar el caso de las vivisecciones atribuidas a *Herófilo y Erasistrato*.

Los historiadores griegos y romanos comprendieron muy poco de la religión de los egipcios; dijeron tan sólo que este pueblo tributaba una especie de culto a los difuntos; mas las noticias que ahora tenemos de la doble alma y de la vida bajo la tumba, muy recientes, pues data de menos de un siglo el descubrimiento de la clave para la lectura de los jeroglíficos, y por lo mismo no se conocía el texto del *Libro de los muertos*, ni de otras inscripciones muy expresivas respecto del particular, permi-

(1) *La Grande Encyclopédie*, palabra *Vivisection*.

(2) CH. DAREMBERG: *Histoire des Sciences Médicales*, Paris, 1870, tomo 1, pág. 67 y sig.

(3) CH. DAREMBERG: *op. cit.*, tomo I, pág. 150.

(4) A la «otra tierra» como decían ellos, según cita de G. MASPERO: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*. Paris, 1893, 5me. edit., p. 36.

(5) MASPERO, *op. cit.*, pág. 36.

(6) MASPERO, *op. cit.*, págs. 38 y 39.

ten aducir un argumento nuevo acerca del caso de *Herófilo* y *Erasístrato*; argumentos que yo no he encontrado en ninguno de los historiadores de la Medicina por mí consultados.

El razonamiento que yo creo perfectamente ajustado a los cánones de la crítica histórica, es el siguiente: Desde el momento que los muertos se consideraban vivos entre los egipcios, había de tenerse por crueldad inaudita, al par que por una impia profanación, la disección de los cadáveres a que por privilegio real se entregaban los mencionados anatómicos. El pueblo, no sólo el más supersticioso, sino aquel que se ajustaba a las creencias entonces más en boga, podía decir con verdad desde su punto de vista que las disecciones se hacían en cuerpos vivos, es decir, que gozaban de aquella vida que (*Ka*), el otro principio vital, les daba. Así, en el Egipto antiguo, decir que se disecaba en cuerpos, vivos era decir algo equívoco, que sufría dos interpretaciones: la de la vida ordinaria y la de la vida que «el otro» infundía a los difuntos.

Pues bien: ante estas dos interpretaciones que hoy caben acerca del dicho de los egipcios que acusaba a *Herófilo* y *Erasístrato* de disecar hombres vivos, la justicia más elemental exige, mientras no se pruebe lo contrario, optar por la más favorable a tan célebres anatómicos.

Y que la interpretación contraria no se ha probado ser la verdadera vais a verlo en seguida. Verdad es que *Celso* daba como admitida la especie entonces corriente de que *Herófilo* y *Erasístrato* disecaron en cuerpos de hombres vivos (1); pero ¿qué valor puede tener el testimonio de *Celso* posterior en más de 300 años a los anatómicos alejandrinos, desconocedor, como romano que era, de la religión de los egipcios? Pues menos confianza podemos otorgar todavía a *Tertuliano* (2), que vivió 500 años después de aquellos dos sabios, y limitábase a copiar lo dicho por *Celso*, primer autor en que aparece la injuriosa especie, repetida después por varios escritores (3).

Las obras de *Herófilo* y *Erasístrato*, que hubieran podido tal vez sacarnos de dudas, se perdieron en el incendio de la Biblioteca de Alejandría, que Omár, el sarraceno, ordenó el año 630 de nuestra era. No obstante, dispersos en varios autores antiguos se hallan fragmentos de dichas obras, los cuales han sido amorosamente recogidos. Pues bien: en uno de tales fragmentos halla el historiador *Chinchilla* una razón que a nosotros nos parece decisiva para rechazar definitivamente la injuriosa leyenda de la vivisección. En efecto: por el testimonio de *Praxágoras* sabemos que *Erasístrato* creía que las arterias sólo contenían aire; y acerca de esto escribe el citado *Chinchilla*: «Es absolutamente imposible creer que *Erasístrato* tuviese en esta materia una opinión tan errónea suponiendo que hubiese abierto algún hombre vivo. Yo diré más: que dicho anatómico ni aun llegó a disecar animales vivos (4).»

Y una vez rechazada la calumnia, resulta fácil comprender la veneración y el respeto de que los reyes de Egipto y aun las personas ilustradas de aquel tiempo rodearon a estos dos sabios, y se comprende también que *Erasístrato* pudiera escribir sin vergüenza esta frase, que se halla entre los fragmentos de sus obras: «Nada tan bello como un médico que reúna la doble perfección del arte y de la conducta moral (5).»

Después de las atribuidas a *Herófilo* y *Erasístrato* (6), no hallamos vivisecciones mencionadas en la historia hasta llegar a un orador latino de origen español, *Fabio Quintiliano*, que vivió en los siglos I y II de nuestra era, quien da por supuestos unos hechos que espero habéis de encontrar sumamente inverosímiles.

Dos gemelos que tenían padre y madre cayeron enfermos. Consultados los médicos, dijeron que ambos padecían exactamente la misma enfermedad. Todos los médicos consultados desesperaban de la curación, exceptuando uno, el cual llegó a prometer la curación de uno de los hermanos, cualquiera de los dos, con tal que se le permitiese hacer la disección del otro, pues viendo sus entrañas podría conocer como había de curar al primero (7).

(1) A. C. CELSI, *Medicina*, lib. I.

(2) TERTULIANO, en el tratado *De Anima*, cap. X escribe: «Hætophilus ille, medicus ant lanus, qui sex centas ex seculis ut naturam scrutaretur, qui hominem odit ut nosset, nescio an omnia interna ejus liquido exploravit, ipsa morte mutante quae vixerant, et morte non simplici, sed ipsa inter artificia expectationes errante». (Patología de MIGNÉ, tomo II de TERTULIANO, p. 703.)

La traducción es como sigue: «Este HERÓFILO, que dejó de ser médico para convertirse en carnífice, que disecó centenares (seis cientos) de cuerpos para interrogar a la naturaleza, que detestó al hombre para poder conocerle, explorando quizá de un modo manifiesto las entrañas, haciendo que muriesen los que vivían, y cuenta que no se trataba de una muerte sencilla, sino que venía por el mismo artificio de las secciones.»

(3) AD. BURGGRAEVE, en su *Histoire de l'Anatomie*, París 1880, pag. 14, dice que nadie puede tomar en serio tal acusación.

(4) *Historia general de la Medicina*, por D. ANASTASIO CHINCHILLA, Valencia 1841, tomo I, pag. 136, nota 2.

(5) L. SORANO DE EFESO, L. I, *Isagogæ in Medicis Antiquis*, p. 159, Venetiis, 1547 (cita de SCOTT: *Catechismo Médico*, Roma, 1836, p. 15).

(6) Como ejemplo de experimentación en el hombre, aunque no con miras médicas, se cita el caso de Attalo III Filometor, quien reinaba en Pérgamo 137 años antes de J. C. Al decir de GALENO, este rey experimentaba los venenos y los contravenenos en los criminales condenados a muerte. (*Diccionario de P. LARROUSSE*, palabra *Vivisection* y la *Nouvelle Biographie Générale*, artículo ATTALE III Philometor.

(7) M. FABII QUINTILIANI ut ferunt *Declamationes XIX majores*. Lugduni Batavorum MDCXX (dice sin duda por error MDCCXX) pag. 165: «Declamatio VIII | Gemini Languentes. | Argumentum. | Gemini, quibus erant pater et mater, aegrotare colperunt. Consulti Medici dixerunt eunadem esse languorem. Desperantibus reliquis promissit unus se al-

Evidentemente aquí se viene a acusar al médico de haber perpetrado una vivisección, ya que se lee: «Al operado se trató de darle fuerzas por medio de pociones cordiales; se procuraba distraerle con discursos, se le restañaba la sangre y se le volvían a colocar las vísceras en su sitio, cerrando luego las aberturas que se le habían practicado». Y en otro lugar añade *Quintiliano*: «Jamás hombre alguno ha sufrido tales invenciones de la crueldad; se le mató como si se hubiese querido curarle.»

Acusación tan grave como ésta contra un médico que no se nombra, viénesse abajo con sólo considerar que toda la narración tiene la traza y el cariz de una fábula urdida para que *Quintiliano* (1) pudiese dar otra muestra de la elocuencia forense, que era su característica y causa de su reputación. En esto consisten precisamente sus tituladas *Declamaciones*, que pasaban por modelos del estilo forense (2), y entre las cuales se encuentran la de los *Gemini languentes* (los gemelos enfermos), que motiva estas consideraciones. Se imaginaba para el objeto un argumento, un hecho litigioso o criminal y se ponía en boca del abogado el discurso conveniente. En este caso el abogado es el representante de la madre, el cual dirigiéndose a los jueces imputaba al padre abuso de la autoridad al entregar a la muerte uno de sus hijos.

No cabe, pues, tomar en serio semejante *Declaración*, ni creer estuviese basada en un hecho real.

Después de esto, para encontrar mencionada alguna vivisección hay que llegar hasta el siglo XIV de nuestra era, durante el cual se habla de prácticas anatómicas reprobables en el hombre vivo perpetradas por un profesor de la escuela de Bolonia: *Mondini de Luzzi*.

Cesar Cantú, que en su *Historia Universal* (3) se hace eco de esta imputación, viene a compararla con las de igual género que hubieron de sufrir *Herófilo*, *Erasistrato* y *Vesalio*, vais a ver con qué falta de fundamento.

Sabido es que desde *Galeno* cayó en desuso el estudio directo de la anatomía en el cadáver humano, guiándose los anatómicos tan sólo por los cadáveres de animales; mas, como *Galeno* reinó en absoluto en las escuelas hasta el siglo XV, resulta explicable que si *Mondini* en el XIV se atrevió a diseccionar cadáveres humanos, ello había de ser considerado por los espíritus timoratos como una peligrosa y vitanda innovación, que llegaría a suscitarle enemigos, los cuales exagerando las cosas calificaran su atrevimiento necrópsico de vivisección.

La historia en este asunto no puede, por la mera afirmación de un rumor anónimo e irresponsable, fallar en contra de un profesor de tanto mérito como el anatómico boloñés (4).

Y vamos al caso de *German Colot* (siglo XV). Hasta *Guido de Chauliac* nadie en Francia se había arrojado a practicar la operación de la talla. *Guido* la practicó alguna vez, al parecer, ateniéndose estrictamente al proceder que describe *Celso*, sin arriesgarse a hacer la más pequeña variación. Después de *Guido*, que vivió en el siglo XIV, cayó seguramente otra vez en desuso la operación hasta la siguiente centuria en que, habiendo recorrido la Francia un cirujano lego italiano, un *Norcini*, practicó lito-tomista, hubo de confiar su manera de conducirse a *German Colot*, cirujano francés. Lo difícil era, sin embargo hallar oportunidad para ensayar la operación, dado lo desusado de las autopsias. Mas he aquí que el monarca entonces reinante en Francia, deseoso sin duda de que para un asunto tan vital como el del mal de piedra no hubiese precisión de recurrir a cirujanos extranjeros, dió medio a *Colot* para poder ensayar la operación: cedióle un arquero de Meudon, criminal condenado a muerte, que estaba afecto de cálculo vesical (5). Con lo cual pudo realizar la operación en enero de 1474, con resultado tan satisfactorio que el rey, que debía ser Luis XI, otorgó al arquero la gracia del indulto (6).

No veo motivo para llamar a esto una vivisección, en el sentido de experimentación; claro es que lo conveniente hubiera sido ensayarla en el cadáver; pero hay que tener en cuenta que si en Italia *Guillermo de Saliceto*, *Guillermo de Varignana* y el citado *Mondini* podían ya diseccionar cadáveres en

terum sanaturum, si alterius vitalia inspexisset. Permittente patre exsecuit infantem et vitalia inspexit. Sanato uno, accusalem pater abluxore malae tractiones.»

(1). Si realmente las *Declamaciones* son de este autor, JULIO RINN en la *Nouvelle Biographie Générale*, artículo QUINTILIEN, escribe: «Les *Declamations* comprennent dixneuf discours entiers, qui semblent pour la plupart, sinon de sa main, au moins de son école...»

(2). JUVENAL toma siempre a QUINTILIANO por el tipo del abogado retórico, «el príncipe de los dialécticos, la perla de los oradores. El resfriado no hace presa en su voz melodiosa.» JUVENAL, Satira VII, *Les belles lettres*.

(3). Véase la edición española de GASPAR y ROIG, tomo II, pág. 95 al fin.

(4). ANTONIO PORTAL, el más antiguo historiador que conozco de la Anatomía, no hace mención de este hecho atribuido a MONDINI, que él llama MUNDINUS, en su *Histoire de l'Anatomie et de la Chirurgie*, par M. PORTAL, 3 tomos, Paris MDCCCLXX.

En la vigente y concienzuda obra *Nouvelle Biographie Generale* artículo MONDINI DE LUZZI nada hay referente a vivisección, como tampoco se alude lo más mínimo a este asunto en el artículo que al anatómico bolonés dedica el *Dictionnaire encyclopédique de Sciences médicales*, llamado de DECHAMBRE.

La misma opinión se nota en la obra citada de DAREMBERG y en los demás historiadores de la Medicina, que se citan en este trabajo.

(5). *La Grande Encyclopédie*, artículo *Vivisection*, dice, sin duda equivocadamente, que a este arquero se le practicó la ablación del riñón.

(6). Véase: *Historia particular de las Operaciones quirúrgicas*, por D. ANASTASIO CHINCHILLA; Valencia, 1891, tomo I, pág. 234 y el *Diccionario Histórico Enciclopédico* de D. V. JOAQUÍN BASTÚS Y CARREERA, tomo IV, Barcelona, 1854, palabra *Talla*.

el siglo XIV, en Francia la resistencia contra estas prácticas fué mucho más duradera, pues *Guido de Chauliac* no parece, al decir de sus biógrafos, haber diseccionado ningún cadáver (1); y si bien un Papa, que debía ser Gregorio XI otorgó en 1376 a la escuela de Montpellier licencia para disecarlos (2), no es probable que esta práctica se extendiera entonces por toda la Francia, o en todo caso debía ser rara mucho tiempo después, ya que Carlos VI, ante la resistencia de los gobernadores a entregar cadáveres para la disección, ordenó en 1396 que las dichas autoridades entregaran cada año el cadáver de un sentenciado a muerte; y aun un siglo después o sea en 1478 debía ser cosa solemne y rara, ya que fué celebrada la liberalidad del rector de la Universidad de París que le llevó a disecar en público un cadáver; asimismo en 1496 la facultad decidía que todo cadáver que hubiese servido a los estudios fuese inhumado en tierra sagrada y se celebrase un oficio en su honor; todo lo cual es indicio de algo desusado y extraordinario (3).

Volviendo, pues al caso de *Colot* ensayando la operación de la talla, como es probable que operase con el consentimiento del reo, quien podía vislumbrar la perspectiva del indulto, ya no parece tan reprehensible el acto como una vivisección meramente investigadora.

El caso de *Vesalio* (siglo XVI).—Este nos detendrá muy poco, por cuanto los historiadores de la Medicina Española *Morejón* (4) y *Chinchilla* (5) casi han agotado ya el asunto, demostrando palmariamente que debe tenerse por pura patraña el asegurar que la Inquisición condenó a *Vesalio* por vivisección. *Chinchilla* admite, que, en efecto, hubo condena, pero no fué motivada por vivisección, sino por bajas intrigas de otra índole; esto podrá exculpar a *Vesalio*, pero lo cierto es que no se halla fundamento alguno para admitir tal condena en ninguno de los autores contemporáneos del anatómico bruselés (6). *Don Antonio Llorente*, que escribió después, con numerosos documentos a la vista, la historia crítica de la Inquisición española, a pesar de que nombra varias veces a *Vesalio*, nada refiere que señale un mero indicio para admitir el caso supuesto.

La fábula, que seguramente fué urdida muchos años después de la muerte de *Vesalio*, ni siquiera se presenta igual en todos los autores que la propalan (7). Los más ilustrados de entre los que la admiten, como *Jourdan*, *Mangeto* (8), *Haller* (9), *Portal* (10), el *P. Feijóo* (11) y *Melchor Adam* (12), llegan casi a eximir de culpa al célebre anatómico, pues todo lo más presentan el hecho como un caso de muerte aparente en el que todos, al par de *Vesalio*, habían creído que se trataba de un difunto.

En fin, en tiempos recientes un profesor de la Universidad de Gante, Mr. Burggraeve (13), ha probado mediante documentos concluyentes que ni siquiera esto ocurrió, sino que la patraña es hija del odio que muchos años después de muerto el célebre anatómico se sentía en los Países Bajos contra el gobierno español durante y después de los hechos que motivaron la insurrección de Flandes en tiempos de Felipe II.

El caso de *Falopio* (siglo XVI).—En este no hubo propiamente vivisección. Por más que el reo cedido a Falopio por el duque de Toscana estaba condenado «a ser anatomizado», según se expresa *Morejón* (14) parece que no hubo operación *in vivo*, sino que el genial anatómico se prestó a ejercer el repugnante oficio de verdugo, contradiciendo a la vocación del médico que no es para matar sino para curar o aliviar. Propinó al reo dos dracmas (7 gramos) de opio, el cual no surtió efecto a causa de una cuartana que padecía el criminal; «por lo que muy contento el reo, creyéndose victorioso contra aquel veneno, rogó a *Falopio* y a sus compañeros que le dieran otra toma para ver si el Gran Duque le daba por libre. En efecto le dieron igual dosis, con la que murió aquel desgraciado (15).»

(1). DAREMBERG, *op. cit.*, tomo I, pág. 303, nota.

(2). *Vade-Mecum histórico bibliográfico*, por D. ANASTASIO CHINCHILLA, Valencia, 1844, pág. 9.

(3). *Diccionario de DECHAMBRE*, palabra *Anatomie*, pág. 220.

(4). *Historia bibliográfica de la Medicina Española* obra póstuma de D. ANTONIO HERNÁNDEZ MOREJÓN, Madrid, 1842, tomo II, pág. 276.

(5). ANASTASIO CHINCHILLA, *Historia de la Medicina Española*, tomo I, p. 148.

(6). El anónimo autor del libro: *Médicos perseguidos por la Inquisición española*, Madrid 1885, supone erróneamente que ALBERTO DE HALLER, que se hace eco de la fábula, era discípulo de VESALIO. Con decir que VESALIO murió en 1564 y ALBERTO DE HALLER nació en 1708, queda demostrada la mala fe del Anónimo, que preocupado en concitar el odio contra el tribunal de la Inquisición, no repara en admitir lo más absurdo con tal de servir a su intento.

(7). Baste decir que para unos se trataba del cadáver de un caballero (PORTAL, FEIJOO, etc.), y para otros de una mujer (HALLER dice que se llamaba Egra): «Cum cuius nobilem Egram, nimis cupidus, vix mortuam et calentem incidisset.» in corde vitae superstitis inditita pulsus edidi: «HALLER: *Elementa physiologiae*, lib. IV, secc. 5.ª, párrafo 16, pág. 497; la traducción es: «Habiendo por su demasiada ansia y deseo de anatomizar, abierto a la noble Egra, aun caliente y apenas difunta, se vieron en el pulso manifiestos indicios de los restos de vida que conservaba el corazón.»

(8). Véase HERNÁNDEZ MOREJÓN, loc. cit.

(9). ALBERTO DE HALLER, loc. cit.

(10). ANTONIO PORTAL, *op. cit.*, tomo I, p. 398.

(11). BENITO JERÓNIMO FEIJOO, *Teatro crítico*, tomo I, discurso V, n.º 26 y en la carta titulada *Monstruo bicipite*, tomo primero, de *Cartas*, n.º 6.

(12). In *Vita medicorum*.

(13). BURGGRAEVE, *Etudes sur Vesale*.

(14). HERNÁNDEZ MOREJÓN, *op. cit.* tomo II, p. 27.

(15). HERNÁNDEZ MOREJÓN, loc. cit.

Cantú trata de defender a su compatriota el anatómico de que hablamos diciendo que hay historiador que, de este pasaje de las obras de *Falopio*, en que se cuenta hecho tan vituperable, asegura fué interpolado en dichas obras 40 años después de su muerte (1).

Y ya no encontramos otro caso alguno hasta llegar a los que podemos llamar nuestros días. Por lo dicho habéis podido notar que nadie hasta aquí ha presentado pruebas convincentes de un solo caso de vivisección *in anima nobili* en ninguno de los siglos anteriores al XIX de nuestra era.

Pero una vez se entra en el expresado siglo sorprende dolorosamente la observación contraria.

Con el gran vuelo que toman todas las ciencias naturales, con el impulso dado a la Anatomía y Fisiología por *Ludwig* en Alemania, *Hunter* en Inglaterra, *Bichat*, *Richerand* y *Magendie* en Francia, despiértase una verdadera fiebre de investigación, el afán de ir en busca de lo ingoto, que se propaga en todos sentidos y a todos los campos de la ciencia; fiebre que se va exacerbando cada vez más, y no parece haber llegado todavía a su *fastigium*; fiebre que se acompaña algunas veces de *delirio de actos*, calificación la más suave que cabe aplicar a ciertas reprobables maniobras en el hombre vivo.

La atención de esos atrevidos investigadores parece haberse fijado de preferencia en el modo de transmitirse las enfermedades venéreas.

La antigua cuanto acreditada revista inglesa *The Lancet* quejábase ya en 1836 y 37 de tan abusivos experimentos, exclamando con la firma de *William Wallace*: «No más experimentos sobre el hombre vivo. ¡Bastante concluyentes son los de *Wallace*! La cuestión queda ya resuelta: *la ciencia no exige ya nuevas víctimas!* [lo cierto es que nunca las ha exigido]. Tanto peor para aquellos que cierran los ojos a la evidencia (2).»

En 1859 un interno del Hospicio de l' *Antiquaille* de Lyon inocular, con autorización del jefe de la clínica, pus de placas mucosas sifilíticas a un enfermo afecto de tiña, siendo por ello procesados y condenados el jefe y el interno, por razón de no proponerse un fin terapéutico, sino la mera experimentación en el hombre obrando como *in anima vili* (3).

Y ya llegamos a los tiempos por nosotros vividos.

En 1880 *Bokai* inyecta a estudiantes, es de suponer que con su consentimiento, cultivos del gonococo, habiendo dado en tres de ellos resultado positivo (4).

En 1883 el profesor *Welandar* inocular también la blenorragia, habiendo repetido después varias veces las mismas tentativas (5).

Por la misma época *Bockhart* provoca una blenorragia perfectamente caracterizada inyectando en la uretra con una jeringa de Pravaz un cultivo de gonococos en su cuarta generación. Verdad es que se trataba de un paralítico general que debía morir algunos días más tarde y se encontraba en condiciones favorables para la producción de una inflamación supuratoria (6). Tal se aleja a la manera de atenuante.

Bumm, sin esta atenuante, provocó en dos individuos sanos, blenorragias típicas, introduciendo en su uretra, cultivos puros de gonococos una vez de tercera generación y otra de vigésima (7).

También la tuberculosis dió motivo para experimentos reprobables por aquella misma época del 1880 al 90. Hubo quien intentó directamente el experimento de la inoculación en un moribundo, que tuvo éxito (8); *Baumgarten* en 1885 ó 1886 «convencido de que el cáncer y la tuberculosis eran padecimientos incompatibles, sembró cultivos puros de bacilos bovinos en seis cancerosos, determinando con ellos abscesos únicamente (9).

Y tras la tuberculosis era ya de prever que vendría el cáncer:

«En el mes de marzo de 1887 una mujer que tenía un cáncer de la glándula mamaria, se dirigió a Herr *Hahn*, cirujano de Berlín. Era ya imposible operar. Con objeto de no revelar a la enferma que su estado era desesperado, Herr *Hahn* trató de obrar sobre el espíritu de la enferma por medio de un expediente *inofensivo* [así dice el texto, pronto veréis con qué ironía] que viniese a tranquilizarla

(1) CÉSAR CANTÚ: *Historia Universal*, edición citada, tomo V, p. 393.

(2) *The Lancet*, volumen de 1836-37, p. 539.

(3) FERDINAND MERLIN: *La responsabilité médicale*, These de Lyon, 1892.

(4) H. HALLOPEAU: *Traité élémentaire de Pathologie générale*, Paris 1890, p. 234.

(5) Véase *La Vie Médicale* de Abril 1899, p. 26.

(6) HALLOPEAU, *loc. cit.*

(7) HALLOPEAU, *loc. cit.*

(8) A. VERNEUIL: *Sur l'inoculation directe de la tuberculose à l'homme*, comunicación de 22 de Enero de 1884 a la Academia de Medicina de París.

(9) Primer Congreso Nacional de la Tuberculosis, Zaragoza, Octubre de 1908. Sección V, tema 12: *¿Convendría substituir la ganadería bovina por la ovina, caprina y equina?...* etc. Desarrollado por el Dr. D. RAFAEL RODRÍGUEZ MÉNDEZ de Barcelona, folleto, pág. 9.

y a evitar que cayese en el desaliento. Hizo la ablación de una parte de la mama afecta y la injertó en la mama indemne de la cliente. El injerto prosperó. *De esta suerte (dice la revista de donde lo tomo) púdose tener la convicción de que el cáncer es contagioso (1).*

En aquel mismo año, 1887, *Chantemesse* consiguió provocar en individuos sanos las lesiones del Boton o Grano del Nilo, inoculando los cultivos del microbio causante del mismo (2).

Por aquella misma época hubo de ocurrir que *Bartolow*, viéndose ente el caso de una mujer con cancroide del parietal que dejaba al descubierto la pulpa del cerebro, no vaciló en hundir dentro de la corteza cerebral las agujas explorativas de un aparato farádico. Las primeras excitaciones provocaron contracciones en las extremidades del lado opuesto, sobreviniendo después un ataque epileptiforme con pérdida de conocimiento y estado comatoso que duró veinte minutos. (Es cita de *Charcot*.) (3).

Cornil en 1891 tuvo el desahogo de llevar a la Academia de Medicina de París la noticia del experimento perpetrado, no dijo por quien, en dos mujeres no advertidas y que por lo mismo no habían dado su consentimiento, las que durante el sueño clorofórmico sufrieron el mismo injerto del cáncer que ya vimos practicar a *Hahn* (4).

Estos casos hubieron de provocar severas reprimendas por parte de los más respetables académicos, pero ello no fué bastante a impedir que fuese posteriormente reproducido el experimento con éxito por *Bergmann*, quien no vaciló en deslustrar su fama de eminente cirujano con este lunar (5).

Tanto hubieron de llamar la atención éstos casos por tratarse de médicos de gran reputación y tanto fué el ruido que metieron los periódicos, que dió motivo a que un desaprensivo autor dramático, *Francisco de Curel*, llevara el asunto a la escena en *La nouvelle idole* (el nuevo ídolo, o sea la Ciencia), obra dramática tendenciosa en que se discute ardientemente el pro y el contra de la experimentación en el hombre y de lo que allí se llama los *fueros de la Ciencia*, a nombre de los cuales el culto al nuevo ídolo exige por lo visto, como el de los ídolos antiguos, sacrificios humanos (6).

Antes de que *Neisser* ensayase en 1895 la inyección de suero de enfermos sífilíticos, como preventivo de la sífilis, experimento que desgraciadamente dió el resultado contrario, pues ocasionó precisamente la lues; ya en 1892 un médico francés teña ganada la triste prioridad de tan vituperable experimento (7).

El profesor *Finger*, de Viena, en 1898 inoculó con éxito la blenorragia en el hombre, lo que ya parece harto redundante después de los experimentos referidos de *Bokai*, *Welandner*, *Bockhart*, *Bumm* y otros casos que se refieren en una revista médica suiza bajo el título nada equívoco de *Crímenes científicos* (8).

A una persona de 79 años se le inoculó un virus sífilítico atenuado por distintos procedimientos y que había pasado antes por una serie de monos a fin de obtener una suerte de vacuna. Produjo, es verdad, dos pequeñas pápulas que curaron después de algunas semanas, pero ¿quién dejará de condenar este acto desde el momento en que no se tenía la seguridad de que no fuese más nocivo (9)?

Aunque no se trate propiamente de una vivisección, habéis de permitirme citar otra verdadera monstruosidad ética a que condujo ese fetichismo de la Ciencia, en Alemania, allá por los últimos años del pasado siglo o primeros del presente. «Un llamado sabio había tomado varios niños en la cuna, los había confiado a una vieja sordo-muda y los tuvo completamente aislados del mundo en una habitación inaccesible, abandonándolos a la *Naturaleza* porque ésta por sí sola los educase. Los resultados fueron tales como la razón podía ya prever: los desgraciados niños, alejados de los cuidados necesarios de una madre, privados de guía y de enseñanza, tenían todos los instintos de la bestia: no sabían hablar, eran idiotas. Felizmente para la moral pública, escribe *Surbled*, el hecho se descubrió, la opinión rechazó tan cruel barbarie... y el tribunal condenó al falso sabio que pretendía hacer «fisiología experimental» embruteciendo a sus semejantes (10).»

Por aquella misma época, *Reiser* de Breslau, «queriendo estudiar la germinación de los forúnculos, hizo una verdadera siembra de sus gérmenes incómodos y dolorosos en el cuerpo de un niño enfermo. Verdad es, ha dicho el profesor en excusa, que el pobre pequeñuelo estaba afecto de una enfermedad

(1). *Berliner Klinische Wochenschrift*, 1888, n.º 21, citados por FR. GUERMONPREZ; *L'assassinat médical*, Paris 1904, p. 99, nota 1.

(2). El mismo CHANTEMESSE lo declara en los *Annales de l'Institut Pasteur*, 1887, págs. 480 y 481.

(3). Véase *Hallopeau*, *op. cit.* pág. 701 y 702.

(4). Véase GUERMONPREZ, *op. cit.*, pág. 98 y sigs.

(5). GUERMONPREZ, *op. cit.* p. 99.

(6). Noticias sobre el drama de CUREL hemos podido adquirirlas en *La Vie Médicale* de Abril de 1899 y en la *Revue des questions scientifiques* de 1900, tomo II, p. 370.

(7). A lo menos así lo asegura la revista *La Vie Médicale*, número citado.

(8). La revista *Correspondenzblatt für Schweizer Aerzte*, citada por *La Vie Médicale* de Abril 1899.

(9). *El problema de la Sífilis* por H. ARRUGA, Barcelona, 1909, pág. 11. (Publicado también en la *Gaceta Médica Catalana* el mismo año).

(10). G. SURBLED: *Le Corvau*, 1890 p. 175.

incurable y condenado a muerte próxima. «Pero, pregunta *Guermontprez*, ¿es esta razón bastante para añadir un suplicio a una agonía (1)?»

El 26 de marzo de 1904, en la sesión de una Sociedad de Boston, Mr. *Herbert Dwart* acusó públicamente a los médicos del hospital de la misma ciudad de entregarse a experimentos numerosos en niños infantes, añadiendo que estas bárbaras prácticas hacia algunos años que duraban (2).

En 1909 *Maisonnewve* da noticia de que un estudiante de Medicina, que no había tenido sífilis ni era heredo-sifilitico, fué inoculado (es de creer que con su consentimiento), con virus sífilítico en escarificaciones producidas con una lanceta. Todo con la mira de apreciar la acción de un remedio abortivo de la sífilis (3). Este acto, como el de *Bokai* con el cual tiene parecido si bien en el que ahora citamos había el propósito de ensayar un abortivo, debe ser reputado por inmoral pues, los estudiantes sujetos a la experimentación, sugestionados tal vez por el prestigio del profesor, impulsados por la vanidad de actuar de héroes, no es fácil que se dieran perfecta cuenta, de todas las consecuencias que podían derivarse, tanto para ellos, cuanto, si algún día contraían matrimonio, para sus cónyuges y para la prole.

Ahí tenéis todos los datos que he podido coleccionar; sino todos pueden con propiedad ser llamados vivisecciones, todos caben bajo un rótulo más comprensivo: *abusos en la experimentación*. No son muchos, ciertamente; y si bien es probable que registrando con mayor cuidado los anales de la ciencia podrían tal vez añadirse algunos más (4), debemos reconocer que no son frecuentes tales hechos, a Dios gracias, sino que constituyen una rara excepción.

Lo que impresiona no es precisamente el número, sino el que de las fechas consignadas en cada caso parece desprenderse un indicio poco tranquilizador, y es que en los últimos tiempos se nota una como exacerbación peligrosa de lo que ya no debiera calificarse de *tecnofilia* (amor a la ciencia), sino de verdadera *tecnolatría*, de un furor experimental que traspasa todas las barreras que antes le opusieran la decencia, la moralidad y la vocación del médico, destinado por Dios al alivio de las dolencias humanas y si posible a su curación, jamás a ser causa de las mismas.

Con ser en realidad estos hechos poco numerosos infieren, al divulgarse entre el público, herida muy profunda al prestigio de nuestra noble profesión, alejando de ella quizá a muchos que la necesitan.

No; no hay derecho a cometer semejantes atentados a la vida y al bienestar del prójimo en nombre de la Ciencia. En todos tiempos y por lo mismo antes que naciera la Ciencia Médica, pudieron mediante el orden moral realizar los hombres el fin para que son llamados a este mundo, lo que demuestra que el orden moral es anterior y por ende superior a toda ciencia.

Lejos de mí la intención de discutir ahora este punto de moral médica; considero, sí, del caso, repetir aquel hermoso apotegma que habéis oído de *Erasístrato*: «Nada tan bello como un médico que reúna en sí la doble perfección del arte y de la conducta moral.»

Y aquí pongo punto, no sin antes hacer votos para que puedan volver aquellos tiempos en que el neófito, al abrazar la profesión médica, juraba ante la Divinidad, poco más o menos, con las palabras de Hipócrates: «Pura y santamente viviré y ejerceré mi arte. En cuantas casas entrare, harélo para el bien de los enfermos.»

Apéndice del doctor don Jaime Peyrí a la comunicación del doctor Blanc

Arning en 1884 inoculó al condenado a muerte Keanu, en las islas Hawai, al cual mediante esta condición se le conmutó la pena por la de cadena perpetua.

Inoculó pus rico en bacilos en una flictena del antebrazo derecho, en la oreja previa escarificación y debajo de la piel del antebrazo izquierdo introdujo un tubérculo fresco. Las dos primeras inoculaciones

(1). GUERMONTPREZ, *op. cit.*, p. 68, nota.

(2). GUERMONTPREZ, *op. cit.*, pág. 252.

(3). H. ARRUGA, *op. cit.*, pág. 12, nota.

(4). HERNÁNDEZ MOREJÓN, en el 2.º tomo, pág. 27 de su obra póstuma *Historia bibliográfica de la Medicina Española*, después de referirse a los hechos atribuidos a *Herófilo* y *Erasístrato*, dice textualmente: «En tiempos más cercanos cuenta ASTRUC casos de esta misma naturaleza.» Nosotros hemos registrado las obras de ASTRUC que se encuentran en las bibliotecas de esta ciudad y no nos ha sido dado hallar el párrafo a que se refiere MOREJÓN, sin indicación de obra ni capítulo.